

03

LA MALA SUERTE



Nicolás Grajales Ortiz

Estudiante de la Especialización en Escrituras Creativas

Si existió un día de mala suerte, este resumen es todo lo que recuerdo hasta el momento de hoy, antes de ver las noticias deportivas de la noche. Lo sucedido, relatado así, es inusual; pero no debe —sin una detenida evaluación de los hechos— considerarse como un evento fantástico. Todo fue real —al menos para mí—. Sea como haya pasado, esta historia, aunque lejos de ser la más increíble, es tal vez el evento más extraño de mi vida y de la historia del fútbol, del cual haya noticia.

Era el partido de cuartos de final y pocos minutos antes había finalizado. El Club Independiente Deportivo, mi equipo, no acostumbraba llegar tan lejos en el campeonato. Acababa de ganar con una diferencia tranquila y si había alguien con quien compartir esta victoria, era con Marcela.

Vivíamos cerca uno del otro, en los alrededores del estadio. Más de una vez, había sido ella quien me enjugara esas lágrimas disimuladas de rabia y frustración que arranca este deporte; pero ese día era distinto, el Independiente Deportivo había ganado un partido importante; fue un día de suerte. Sin embargo, a Marcela, de buen sentido del humor, lo único que le faltaba —yo, siempre obsesionado tratando de perfeccionar la vida ajena, mientras ignoro las fallas propias— era ser hincha del mismo equipo que yo.

Estuvimos saliendo varios meses, pero ella empezó a insistirme que aclaráramos la relación, que fuéramos no-

vios. Y en su insistente petición, me di cuenta que le evadía la propuesta con gambetas espectaculares porque la verdad no me veía siendo su pareja.

Entonces esa noche, animado por la victoria del equipo, le dije que quizá podíamos empezar a salir con otras personas. Fue necesario. Ya se habían acabado los “buenos tiempos”, y quería empezar a buscar una novia afín a mis gustos futbolísticos.

Un día con suerte a veces pasa sin gran importancia, pero díganme, ¿no han observado alguna vez los resultados de una terrible decisión? Porque yo fui castigado por esa jugada apresurada y tuve que vivir los síntomas de la mala fortuna.

En la mañana del día del primer partido de las semifinales, me sucedieron múltiples y raros acontecimientos. La mala suerte me siguió por todas partes, husmeándome, pero sin decidirse a lastimarme, porque desde temprano fui fugitivo de cuantos accidentes y calamidades se puedan imaginar, pero increíblemente me salvé de todas.

Por lo demás, lo que sucedió después fue cuando aún no tenía noción alguna de que vería la peor noticia de mi vida. Pues bien, presten atención: poco antes del inicio del juego, estaba yo sentado en la sala de mi casa mirando la previa del partido. Tal vez estoy exagerando, pero en la televisión salió un hombre regordete, de cara cuadrada, piel color de rosa y bigote oscuro y tupido, y debajo de su imagen se leía la frase: ¡increíble: ningún jugador

del Club Independiente Deportivo se encuentra en condiciones para jugar!

Al momento, el presentador empezó un reportaje que nunca se me va a olvidar. Dijo:

— El goleador parece estar estragado por una dolencia tenaz en el aductor derecho. El volante diez, la figura, sufrió un esguince en el tobillo de su prodigioso pie izquierdo. Ambos volantes ofensivos tienen roturas de menisco. Los mediocampistas de contención están sentados por contracciones musculares. Los centrales y carrileros, lesiones de isquio y gemelo, respectivamente. Y para rematar, el arquero sufrió una luxación en los dedos. Todo antes de empezar el partido—.

Pensé entonces que, irremediablemente, todos esos accidentes de los que me había salvado les habían caído a los jugadores de mi Independiente Deportivo.

Me quedé pálido frente a la pantalla del televisor. Por evidentes razones el partido tuvo que ser aplazado. Al mismo tiempo, experimenté una confusión muy honda, pero me era

imposible encontrar las causas de lo que estaba pasando. Nada, ni un mínimo detalle estaba presente en mi mente. Desesperado me esforcé en escudriñar lo que recordaba, buscando alguna pista del evento que dio origen a esa mala suerte que me acompañaba. Estuve a punto de dejarme arrastrar por la idea de que estaba exagerando y que no existía tal cosa como el azar, pero reaccioné al seguir el hilo de los acontecimientos: todo había empezado desde que rompí la relación con Marcela.

Salí de mi casa y corrí por las calles que ya conocía y daban el camino hasta la puerta donde tantas veces la había ido a recoger. Oí que bajaba por la escalera, pero no me acerqué. Luego vi a través de las ventanillas delgadas de la puerta, su blusa roja —color que tanto odio— y ella finalmente salió.

La rapidez de sus movimientos, el rubor en sus mejillas y la agitación con que actuaba, me asustaron. ¿A dónde iba?, ¿con quién se iba a encontrar? Pero no tardé en comprenderlo todo, iba al estadio —valiéndose de mi ausencia en su vida— para ver a su equipo preferido; el rival de patio.

En tal caso, ¡qué importaba! También yo iría. La seguí tratando de que no me viera, y me encontré, señores, con lo siguiente: en el lado occidental del estadio, entre los desabridos y ladrones hinchas de ese detestable equipo, estaba un miserable de esos esperando a Marcela.

Al mirar que se le acercaba, él parecía como resplandecer de una

manera pretenciosa. Y ella, como si la llevaran empujada, iba hacia él nerviosa, moviendo apenas las piernas y respirando con dificultad. Todo aparentaba que era la primera vez que se veían.

Acabaron por juntarse. Durante unos instantes se miraron sin decir nada, como sin querer arruinar el momento. Luego, cierta fuerza empujó a Marcela por la espalda, y ella puso las manos en los hombros de aquel despreciable hombre y se le acercó a la cabeza. Con la viveza que caracteriza a los hinchas de ese equipucho de fútbol, el hombre tomó con ambas manos su rostro. Pero la suerte, señores, es algo maravilloso. A la izquierda de ellos, había un mostrador con cigarrillos y dulces donde generalmente las personas se parchaban antes de entrar al partido. Ahí pasó un señor que distraído empujó a otro que fumaba un cigarrillo. A su vez, este tropezó tirando al suelo el mostrador de dulces. El dueño, enojado, tomó su silla y la tiró intentando golpear al culpable del accidente. La silla cayó sobre otra mujer, que nada tenía que ver en la discusión, pero ella se lanzó sobre otra persona culpándola por el golpe; y sin más, se desató una batalla campal. Claramente, quien acompañaba a Marcela terminó frente contra frente con otro hincha, sin demasiadas ganas de pelear, pero motivado por la energizante trifulca. Típico de los hinchas de ese —ya dije despreciable— equipo.

Aproveché la situación, dejé la cautela y corrí hacia ella. Atrás, una

batalla violenta, pero aquí, una escena aún más visceral, tener que pedir perdón. Marce —le dije— sabrás que te amo y no te amo. Tengo dos cosas para amar. Por eso ya no te quiero, es cierto, pero tal vez te quiero. Cuando veo un partido de fútbol, lo disfruto estando solo, pero esa soledad se siente más inmensa sin ti. Pensar que no estás conmigo, duele más que perder un clásico en casa. Por eso te amo, aun cuando eres hincha del equipo rival.

Después de lo que le dije, comprendí que todo esto era un disparate. Con un sentimiento de vergüenza que no sabría explicar, salí de ahí sin esperar su respuesta. Por una parte, por mi cara se deslizaba una sonrisa triunfal por haber interrumpido su cita. Por otra, pensaba que Marcela ya me había superado y debía resignarme a ver los partidos sin ella.

Al día siguiente, todo volvió a quedar como antes: ya mi vida no corría peligro por accidentes relacionados a la mala suerte, excepto que Marcela no me había dicho nada hasta el momento. De nada sirvió ir a disculparme, porque los jugadores del Club Independiente Deportivo seguían lesionados. O eso pensaba hasta ahora que veo las noticias deportivas. En el televisor, de nuevo el presentador regordete, de cara cuadrada, piel color de rosa y bigote tupido, enérgico presenta su reportaje. En la parte inferior dice: ¡Increíble: todo un equipo de fútbol se recupera de forma milagrosa!

Ahora tocan a la puerta.

Solo espero que seas tú. ●